

Sabe que va a morir. Y sin embargo, no hay un atisbo de tristeza o de arrepentimiento en su mirada; si acaso, un poco de pesarosa melancolía, pero no por estar ahí, en la playa, sentado, los zapatos manchados de arena, mientras percibe como poco a poco la muerte va abriéndose camino por la herida de la bala que no pudo evitar en el último momento y en la camisa blanca que lleva puesta va formándose una gran mancha roja de sangre a través de la cual se le escapa la vida con la misma lentitud con la que se le escapan los minutos a las horas y las horas a los días, sino porque es absolutamente consciente de que no va a volver a verla y le gustaría que estuviese ahora allí con él, no para que le coja de la mano tratando de consolarle mientras se muere, sino para que pudiese contemplar, junto a él, la belleza del amanecer que empieza a plasmársele en frente, bañando toda la inmensidad del cielo con una delicada luz de aurora. Una grandiosa quietud anaranjada y violeta tan solo interrumpida por el mecer de las olas al romperse contra la orilla.

Con esfuerzo, ha logrado sacar del bolsillo interior de la chaqueta un paquete de cigarrillos arrugado donde solo había uno que al cogerlo ha quedado completamente manchado de sangre, pues, en vano, ha tratado de taponar un instante antes la herida con la mano en la que aún lleva la pistola, desistiendo al poco, consciente de que nada se puede hacer ya contra el hilo del destino que alguien urdió en un lugar remoto y perdido y que ahora deja entrever el final del ovillo miserable en el que se ha ido convirtiendo su vida

en estas últimas semanas en las que muchos días tuvo la sensación de haber fallado a todo el mundo —y piensa ahora que tal vez pudo haber hecho algo más—, mientras una mueca triste se le forma en la cara casi al mismo tiempo en el que de la herida vuelve a brotar un poco más de sangre haciendo que le suba por la garganta un sabor áspero y amargo, igual que el nombre de ese pueblecito del Cabo de Gata en el que ha ido a morir, Aguamarga, y que puede que nunca hubiese conocido de no haber tenido que llegar hasta allí persiguiéndolo a él, hasta localizar la casa en la que se ocultaba y donde yace su cadáver y que alguien encontrará probablemente poco después de que descubran el suyo sobre la arena de la playa, frío y con una tonalidad amoratada formándosele en la piel; en la de ambos, porque es muy factible —a pesar de que es invierno—, que alguien haya oído los disparos que se produjeron en el interior de la vivienda, el cuerpo de Samir Tehrani yaciendo sobre el sofá con dos tiros en el pecho, o que alguien viese al inspector Martín Lucena saliendo con calma de aquella casa encalada de blanco con adornos de color azul marino en los recercados de puertas y ventanas, como tantas otras en aquel pueblo costero en el que ahora las buganvillas y los jazmines están secos y abandonados a merced del salitre y del viento, tratando de apoyarse de vez en cuando en algún muro, imperceptibles gotas de sangre cayendo con cada paso torpe que da, pequeñas al principio, más voluminosas cuando logra alcanzar la playa y se sienta, no sin dificultad, en la arena húmeda en la que no hay nadie para ayudarle, pero que en el fondo agradece, pues va a poder morir en paz.

Inútilmente, ha tratado de levantarse tiempo después, pero la herida del abdomen no deja de expulsar sangre y en la frente ha ido apareciéndole un trazo de sudor que le baja por las sienes. Sin embargo, es un sudor frío el que siente ahora allí, en la orilla de Aguamarga, donde la humedad que hay en el aire por la cercanía al mar y las álgidas temperaturas de la madrugada han hecho que sobre la tela de su americana gris se le haya formado un brillo de escarcha, así que decide tumbarse y se queda mirando hacia una de las esquinas de la playa formada por acantilados de blanca roca arenisca a la que el mar y el viento se han encargado de otorgarle su fantasmal aspecto de un gran barco encallado desde un tiempo ancestral cuya cubierta se ha llenado de arbustos y matorrales de esparto y tomillo; de pitas inclinadas; de lentiscos y acebuches; algunos encarándose hacia el mar y expuestos a los vientos húmedos de levante, como los cornicales, desafiantes, aferrados a la tierra por la inestabilidad de sus raíces; tratando de evitar que una ola los sumerja para siempre en el olvido.

Cómo ocurrió todo. Cuándo fue el momento en el que comenzó a desmoronarse la vida y el futuro que había empezado a construirse en Madrid tan solo unas semanas antes. La ciudad que ella le había descubierto y enseñado a disfrutar de las cosas que hasta entonces le habían sido vedadas, no porque nadie quisiera mostrárselas, sino porque en el lugar donde él nació y pasó su infancia y su pubertad los adolescentes se acostumbraban pronto a entretenerse de maneras más sencillas, a no pensar en aquello que deslumbraba otros ojos y provocaba otras sonrisas porque sencillamente no

existían para ellos, y se imaginaba, recién llegado a esa gran urbe, lo distinta que hubiese sido su juventud de haber tenido al alcance de la mano, como quien abre un grifo para obtener agua caliente, todo cuanto había sido real en la vida de otros niños: inmensos parques repletos de columpios y de hermosos jardines con fuentes y estanques de peces de colores; las salas de cine, los teatros; las ruidosas tiendas con sus letreros luminosos y esos llamativos carteles ante los que nunca dejaban de pasar gente con las manos en los bolsillos o repletas de bolsas, anunciando ofertas y rebajas de cosas que no necesitaba pero que hubiese comprado tan solo por el deleite efímero de la posesión. El fugaz placer que tan pocas veces experimentó porque sus padres siempre habían tirado con lo justo y los caprichos eran algo que raramente se presentaban por su casa, pues incluso en las pocas épocas de bonanza por una buena cosecha, siempre acababa aflorando aquella incorregible austeridad. Y ahora, entendiendo que el final está ya muy cerca, asiste como un espectador más al doloroso intento de recuperar los recuerdos de un tiempo y una vida que nunca llegó a disfrutar plenamente, y se descubre a sí mismo a lo lejos de la playa, precario y borroso por culpa de la bruma, impreciso en toda su dimensión de marioneta, mientras va cerrando lentamente los ojos porque no le gusta demasiado lo que ve.

No sabe cuánto tiempo ha permanecido inconsciente. En realidad, ni siquiera es capaz ya de intuir las horas que lleva en Aguamarga, el lugar a donde llegó para terminar de resolver lo que no pudo lograr del todo en Madrid; que le pareció hermoso y desolado a la vez mientras bajaba en su coche por el camino sinuoso que conduce hasta el pueblo, flanqueado por

pequeñas casas con chumberas y pitas entre sus muros. Le sorprendió, como le ocurriera otras tantas veces, la belleza que atesoran las formas naturales de un paisaje en donde el desierto se funde con el mar, y pensó que aquel era el lugar perfecto para poner el punto final a una historia que ciertamente no le correspondía a él, sino a otro policía, a aquel que decidió en la tarde noche de un tormentoso jueves de primeros de año marcharse a casa y pasarle el asunto a otro porque consideraba que no era lo bastante importante o que ya había trabajado lo suficiente por ese día. «Será otra niña rica que se ha ido por ahí. Que se encargue el nuevo. Así se estrena.» De ese modo, con esa frialdad y displicencia se refirió al caso, sin percatarse de que la madre de la chica desaparecida estaba a unos pocos metros de él, en la entrada de la Comisaría, con el pelo mojado por la lluvia incesante que llevaba cayendo desde hacía dos días y un abrigo de tela impermeable que le quedaba demasiado grande para su enjuta figura. Sin embargo, ahora está allí, tirado en la playa con una herida de bala de la que continúa emanando sangre, desmadejado, moribundo, satisfecho por haber acabado con el sufrimiento de unos padres ante la incertidumbre de saber qué ocurrió con su hija, pero a los que no podrá contarles que ha acabado con la vida del canalla que la hizo desaparecer si regresa a Madrid, porque cuando lo haga ya estará muerto, así que decide rendirse y no tratar de seguir luchando por sobrevivir, y tampoco podría hacerlo aunque quisiera, pues nota como su existencia y su alma se desvanecen con cada gorgoteo de sangre, con cada exhalación de aire.

Al final, ha logrado ponerse de pie y empieza a caminar sin una dirección precisa. Lo hace toscamente, en pasos cortos y torpes, con gran

dificultad, procurando que sus pies no se hundan demasiado en la arena. Mirando a su alrededor, ensimismado por la calma y el silencio del paisaje que le rodea, ha descubierto que sobre una de las colinas que bordean la playa se distinguen los restos de un bunker de la Guerra Civil y se pregunta cuántos terminaron muriendo allí; cuántos —como él ahora—, tuvieron la oportunidad de disfrutar en los últimos instantes de la hermosura que se desprende de los reflejos dorados que los primeros rayos de sol dibujan sobre la superficie del mar. De pronto, trata de seguir avanzando pero las piernas no responden a sus deseos y se desploma de rodillas sobre la arena. Solo ahora, la pistola ha logrado zafarse de su mano y cae al suelo, pero ya no hace ningún esfuerzo por recogerla. Intenta crear en su memoria una última imagen de Celia, que se estará preguntando, en ese instante, preocupada, por qué no ha regresado aún a casa y que en breve llamará a la Comisaría para cerciorarse de que se quedó allí trabajando y que no le ha ocurrido nada malo, pero todo esfuerzo por retener su rostro o su figura es en vano, pues la muerte ya se lo lleva.

Quién será el primero en hallarlo. Quién descubrirá la serenidad de su rostro sobre la arena, el cuerpo yacente y sin vida, tirado, como si alguien lo hubiese colocado exactamente allí para que lo encontrasen, la escenografía perfecta y aciaga de una muerte que pudo evitarse si el inspector Martín Lucena no hubiera cumplido con la promesa que le hizo a su compañero en Madrid, cuando aún respiraba, cuando todavía tenía el empuje y el tiempo suficientes para ayudar a otras personas y resolver otros casos, olvidada ya

la obstinación que le fue devorando las entrañas de la misma forma en que un cáncer se expande por todo un organismo vivo para ir matándolo lentamente: la incredulidad al averiguar muchas de las cosas que rodeaban al caso; la protección que se proporcionaban entre ellos y con la que habían estado actuando durante tanto tiempo. La sospecha, nunca confirmada, de que quizá hasta alguien en la Comisaría estuvo siempre al corriente de todo y no hizo nada por evitarlo. La orden no aceptada por él y que le había costado todo aquello por lo que se esforzó durante tantos años, su carrera de policía y su rectitud y hasta su propia vida, «tienes que dejar de investigarlo. Olvídate de él.»

Tal vez sí que debiese estar ahí, pero en un tiempo y una forma distinta a como había acabado, no ese primer día del mes de febrero, sino cualquier otro completamente distinto, insultantemente vivo, expectante, atendiendo a todo cuanto se oye y se ve y hasta se huele: el rumor de las olas, el olor del salitre mezclado con el aroma del tomillo, la humedad granulosa de la arena en la playa, adonde habrían bajado cogidos de la mano para dar un paseo sin decirse nada, los pasos cortos y al unísono, como si fuesen una sola persona, el pelo de ella arremolinado por culpa del viento, las miradas encontrándose de vez en cuando, «sé lo que piensas porque a mí me ocurre lo mismo», la obligatoriedad de expresarlo con palabras encerradas bajo llave dentro de un cofre porque el amor era así para ellos, plagado de mutismo, tan solo interrumpido por leves rumores de despertar para buscarse con desvergüenza dentro del ascensor, por la estrechez de los pasillos, en la concina, bajo las sabanas. Pero todo eso no es más que una mera ilusión suministrada como

una inyección cruel por la inminencia de la muerte, porque ella no está allí y no va a estarlo nunca, por lo menos no con él, que se va apagando tenuemente en aquella soledad irisada en la que retumba un silencio de augurio. Así que ya no pasearán juntos, aunque le habría encantado llevarla a Aguamarga para que viese junto a él la singular vegetación que crece entre sus montes, tan extraña como un bosque en el desierto, y sentarse con ella bajo la abrumadora sombra de un olivo milenario a imaginar cómo serían algunos de los cortijos abandonados que todavía permanecen en pie, bastante ruinosos, igual que él, a quién Samir Tehrani le arrebató de un disparo la posibilidad de regresar algún día, pero que aún se resiste a morir, como esos caseríos que no son más que escombros pero quieren no derrumbarse, obstinados, tratando de retener en sus pupilas la ilimitada belleza con la que se llenan sus ojos antes de quedarse sin fuerzas y encadenar en su mente el recuerdo de un viaje que no podrán realizar. Antes de que ya no le queden fuerzas ni siquiera para pronunciar su nombre; antes de comprender que no volverá a verla y que ha perdido para siempre a Celia, lo más hermoso que le ha pasado en su vida.



Bajaron del tren como si acabaran de descubrir un país que no era el suyo y una ciudad que ni siquiera acertaban a identificar, algo turbados, desconcertados, en parte por culpa del retraso con el que llegaron a la estación, cuya demora en el tiempo y en la hora prevista de llegada nadie se molestó en aclararles o al menos nadie lo hizo en la zona del vagón en el que su padre y él viajaban —ningún revisor asomando con su uniforme y su gorra bordada para ofrecerles una explicación convincente a modo de disculpa—; y en parte porque ninguno de los dos había estado nunca en una estación de ferrocarril como aquella en la que se encontraban en la noche de un domingo de enero del año mil novecientos ochenta y tres, a pesar de que esa no era la primera vez que Martín Lucena llegaba a Madrid; no así su padre, que rara vez en su vida abandonaba el pueblo en el que tenían cabida las únicas cosas que de verdad le habían importado desde siempre. Sin embargo, en las anteriores ocasiones en las que hubo viajado hasta la capital apenas permaneció unas pocas horas y lo hizo en autobús, y las dársenas donde los pasajeros se libraban al fin del angosto espacio entre las filas de asientos cuando se apeaban del vehículo nada tenían que ver con la prodigiosa estructura de hierro y cristal que se alzaba majestuosamente por encima de sus cabezas, observando atónitos la parte posterior de una imponente fachada en la que había un formidable reloj sobre unas llamativas letras con el nombre de la estación, *Madrid Atocha*, y por un instante pensó que si aquel lugar tan hermoso en el que se encontraban ahora su padre y él no era, en el fondo, más

que un vistoso apeadero, una anchurosa explanada formada por playas de vías y andenes donde la gente se apresuraba en el caminar tratando de no perder el tren mientras desde la megafonía se iban dando los últimos avisos, entonces la ciudad de Madrid, con sus calles y plazas y sus coches y sus modernos edificios debía de ser uno de los lugares más extraordinarios de España. Estando allí de pie, con las maletas junto a ellos, permanecieron durante unos minutos callados, observando el ir y venir de las personas, sus encuentros y separaciones, solos o en familia, amigos con ropas elegantes recibiendo a otros vestidos de uniforme, parejas de jóvenes y no tan jóvenes dándose un último beso o abrazo antes de subirse a alguno de aquellos llamativos trenes, porque los había de gran variedad de tamaños y colores: plateados y rojos; verdes o azules con grandes franjas amarillas dispuestas de forma horizontal a lo largo de todos los vagones; los había de líneas curvas y rectas, algunos largos como enormes serpientes y otros con apenas dos coches; y su padre los miraba entre perplejo y confuso, desbordado ante la llamativa modernidad de aquel lugar y de su maquinaria que contribuían a otorgarle un aspecto más lánguido y provinciano, casi asustado, como si nadie le hubiese pedido su opinión sobre si quería o no estar en un lugar que le era completamente ajeno, y aunque así hubiese sido poco importaba, pues no recordaba el momento en el que había aceptado marcharse con su hijo a Madrid y abandonar todo cuanto había construido con sus propias manos, pero es que desde hace algún tiempo ha olvidado ya muchas de las cosas que ha dicho o hecho en su vida.

Duerme profundamente. Con la vista adaptada a la oscuridad reinante de la habitación del hostel en el que se alojarán durante unos cuantos días, Martín Lucena observa como su envejecido padre descansa plácido en la angosta cama que hay junto a la suya, ajeno al fin a todo el ajetreo del viaje y del ir y venir con unas pesadas maletas que se empeñó en cargar todo el rato pero que él le impidió porque considera que ya no tiene la fuerza de antaño: aquellos brazos fuertes y recios con los que labraba el campo se han tornado ahora endebles y frágiles, como tampoco queda rastro alguno del hermoso color de piel que siempre tuvo, tostado por el sol del mediodía, pues durante las interminables horas que pasaron en el tren, mirándolo de soslayo cuando este no se daba cuenta, no reconocía la figura que había sentada junto a él, sino que veía a un hombre cansado y macilento que tenía una fisonomía parecida a la de su padre. Una sensación muy similar a la que tuvo también después, mientras iban los dos sentados en la parte trasera de un taxi que cogieron en la rotonda de Atocha y que olía desmedidamente a piel cuarteada, respondiendo con desgana a las preguntas del conductor no por impertinencia o desconfianza, sino porque él nunca ha sido una de esas personas que se ponen a hablar en exceso con el primero que le dice una frase y porque el inacabable trayecto desde una capital de provincias del sur le ha dejado un incómodo bosquejo de mareo, mirando ya sin prudencia a su padre con una imprecisa sensación de compasión y vergüenza cuando descubre que el hombre que ha dedicado toda su vida a cuidarlo a él y a su madre, el campesino respetado en el pueblo y que nunca dudó en ayudar a los demás aun a costa de estirar un poco más la pobreza de los suyos, ha quedado

convertido en un borrón de lo que fue, desdibujado, irreparablemente viejo, que se asombra igual que un crío que nunca antes haya visto en su vida tantos coches juntos ni tantas luces por la calles en las que se alinean altos bloques de pisos en los que a esas horas de la noche cena ya tranquila la gente. Sin embargo, lo que Martín Lucena no intuye ni nunca llegará a saber es que la caótica acumulación de percepciones que sufre Gabriel Lucena dentro del vehículo no se debe al llamativo fulgor con el que los ha recibido la ciudad de Madrid, sino a que en lo más íntimo de su debilitado entendimiento se está preguntando cuánto faltará para llegar a ese hospital de ancianos al que cree que lo está llevando su hijo pero del que no comenta nada por miedo a importunarlo.

Tumbado sobre la cama, se preguntaba cuanto tiempo le duraría la consciencia que le permitía percatarse de que ya no estaban en su casa, en el pueblo, sino que las paredes que en esa noche de enero les hacen de morada son las de un decadente hostel de la calle de Fuencarral, a donde llegaron pasadas las diez de la noche, la dueña entre preocupada y enfadada por si les había ocurrido algo o por si finalmente se le iba a quedar desocupada la habitación que les tenía reservada desde hacía dos días, la última que quedaba libre con baño propio y que estuvo a punto de alquilársela a una pareja de extranjeros que llegaron media hora antes preguntando si había alojamiento; pero ella les dijo que no, que estaba todo completo —y eso que a los turistas siempre procuraba cobrarles un poco de más con la excusa de algún suplemento, sobre todo si la primera impresión que le daban no era aparentemente fiable—, y que lo lamentaba mucho, que si hubiesen llegado

un poco antes habrían tenido algo más de suerte. Sin embargo, un chispazo en su interior hizo que esta vez se olvidara de ganar un dinero extra, pues cómo iba a dejar en la calle a todo un inspector de policía y a su padre, en mitad de la noche, a solas, en Madrid, donde seguramente no conocerían a nadie, en una ciudad como aquella, que lo mismo amanecías en un lujoso piso del barrio de Salamanca en los brazos de una misteriosa mujer que cosido a navajazos en mitad de un parque.

—¡Ya pensaba yo que no venían ustedes! —Les dijo conforme abrió la puerta para recibirlos—. Me tenían muy preocupada...

—Discúlpenos —respondió Martín Lucena—, es que el tren ha llegado con más de una hora de retraso.

—Anda, déjenme que les ayude con todas esas maletas y vengan a cenar algo. Les había preparado una tortilla y calentado un poco de carne, pero a estas alturas estará todo helado. Volveré a ponerlo al fuego. Espérenme en el salón de mi casa mientras voy en busca de la llave de su habitación. Es la segunda puerta a la derecha subiendo las escaleras; verán la televisión encendida.

Ha tratado de dormir un poco más pero apenas logra conciliar el sueño porque se sabe nervioso por lo que le aguarda al día siguiente y que lleva esperando tanto tiempo: el hecho de tener que presentarse a las nueve de la mañana en la Comisaría de la calle de las Huertas. El lugar y el destino que le fue comunicado por carta y confirmado apenas tres días después de recibirla con una concisa llamada telefónica procedente de la Dirección General de Seguridad, situada en la céntrica Puerta del Sol. La agitación y el

recelo ante los compañeros que no conoce pero que presume más diestros que él. El mismo miedo que sentía durante los primeros días de colegio, cuando su padre lo llevaba hasta la cancela de la entrada y le decía antes de marcharse, con aquella voz que a él le parecía que llegaba desde lo más remoto de una lóbrega caverna, que estudiara mucho para que el día de mañana se hiciera un hombre de provecho y no tuviese que acabar como él, con la espalda dolorida y las manos encallecidas por culpa del frío y de los aperos del campo, y el niño Martín Lucena lo miraba irse sintiendo una extraña mezcla de pena y respeto al comprobar cómo la retraída figura de su padre se perdía en la lejanía de la calle donde estaba situado el colegio para adentrarse, un instante después, por la vereda que lo conduciría hasta el cortijo y los olivares que habían pertenecido a su familia desde un tiempo tan inaccesible y remoto que imaginaba que ni siquiera llegó a aparecer nunca en algún calendario y que, como un ominoso legado, él también heredaría si no se aplicaba lo suficiente con las lecciones de don Herminio. Pero también le inquieta tener que dejar solo a su padre durante toda la mañana hasta que pueda acercarse en la hora del almuerzo al hostel de la calle de Fuencarral —al menos, esa es su intención—, para comprobar que se encuentra bien, a pesar de que Balbina le dijo durante la noche, aprovechando que Gabriel Lucena estaba dándose una ducha, que se marchara tranquilo a trabajar, que no tenía que preocuparse por nada.

—Usted no vaya a llegar tarde el primer día, que de su padre ya me encargo yo. En un edificio tan grande y tan viejo como este, siempre hay algún arreglillo por hacer. Y como yo vea que es un hombre mañoso... ¡Le tengo todo

el día entretenido! —Dijo, soltando una hueca carcajada mientras se ajustaba la gruesa y raída rebeca negra de lana que llevaba puesta sobre los hombros. —Entonces, no le va a faltar a usted ayuda —contestó Martín Lucena—. En nuestra casa, mi padre siempre arreglaba todo lo que se iba deteriorando con el tiempo.

—¡Ay, hombres así apenas quedan ya! —Exclamó melancólica Balbina, que se había puesto a formar extrañas figuras con las migas de pan que quedaron sobre el mantel de hule de la mesa camilla en la que había dispuesto la cena recalentada para sus dos postreros inquilinos—. Créame... Mi marido, que Dios lo tenga en su gloria, era el que se encargaba de todas esas cosas. Pero desde que él murió, tengo que pagar un dineral si quiero que me arreglen una cisterna o que me fijen algún tablón suelto del suelo de la escalera. Como la vida siga poniéndose tan cara, no sé dónde iremos a parar...

De modo que cuando alargó el brazo y miró el reloj de pulsera que había depositado sobre la mesilla de noche, descubrió sin asombro que apenas habían transcurrido dos horas desde que se levantara en mitad de la noche para ayudar a su padre a encontrar el cuarto de baño, los pies descalzos sobre la áspera madera del suelo, enteramente desorientado por culpa de la somnolencia y del escaso mobiliario de pino de una habitación que al principio no lograba reconocer, llegando a tropezar con alguna de las maletas que no cupieron en el exiguo armario del dormitorio, haciéndosele más urgente y virulenta las ganas de orinar.